

CAPÍTULO 13

El fotógrafo y los “scouts grises” de Varsovia

“La fotografía también supone resistencia”.

Jerzy Tomaszewski no puede sino aprobar esta poderosa máxima que le suelta su hermano mayor Stanislaw, con quien, a los catorce años, en septiembre de 1939, luchó como scout en defensa de la Varsovia invadida por los nazis. Desde su más tierna edad, Jerzy es un apasionado de la fotografía y el cine. La captura de imágenes le recuerda la caza de animales salvajes. La vida que queda fijada en el tiempo de una sonrisa o de un instante de desamparo hace que renazca la fuerza de la existencia más allá de la muerte. Para quienes quedan. O cuando aquellos que sigan vivos hayan olvidado que las personas fotografiadas eran sublimes...

—La cámara será tu arma contra los alemanes —aclara ese hermano que lo recluta un año después para el “ejército de las sombras” polaco, el *Armja Krajowa*. La fotografía constituye un arma fatal en el conflicto de 1939-1945, que, más allá del estruendo de las batallas, es tanto una guerra de imágenes como de ondas. Esto no se les escapa a los nazis, que en esta Polonia quebrada entre las zonas alemana y rusa, prohíben la posesión de cámaras de todo tipo. Pero en tales condiciones, ¿dónde puede Jerzy ejercer a la vez su pasión y su nueva misión de resistente?

Si todo es muy simple. Se le sugiere al muchacho que se haga contratar en la gran tienda de fotografía del centro de Varsovia, Foto-Rys, que atiende exclusivamente a una clientela de ocupantes. Allí se desempeñan una docena de jóvenes, empleados para revelados de las fotos tomadas por los alemanes. A su edad, estos muchachos se encontrarían más a gusto inclinados sobre negativos de “desnudos artísticos” que sobre los que los soldados de permiso toman con sus Leica. Pero las fotos que se revelan en el cuarto oscuro —sobre todo las de los oficiales SS— resultan, por el contrario, desconcertantes. Los alemanes se deleitan inmortalizando escenas de redadas, fusilamientos, tiroteos y masacres que perpetrar en Europa oriental, el imperio de los “subhombres”. Con el correr

del tiempo, nuevas imágenes pasan por las manos de los jóvenes polacos, negativos tomados en los campos de concentración de su país, e incluso en oportunidad de matanzas llevadas a cabo por *Einsatzgruppen*, las unidades especiales de intervención móvil de los SS que actúan en Bielorrusia y en el frente del Este desde que la URSS ha sido invadida en junio de 1941.

Entretanto, con uno de sus amigos, Mieczyslaw Kucharski, Jerzy ha creado una célula secreta para realizar copias de esas fotos de común acuerdo con un ingeniero químico, Andrzej Honowski. De igual modo, se le confían al muchacho fotos interceptadas en el centro de clasificación postal en el que trabajan personas de la Resistencia. Debidamente duplicadas, son enviadas al gobierno polaco en el exilio, en Londres. A solo título informativo, estos negativos tendrían que permanecer en secreto. Pero, como circulan como soporte de la propaganda en toda Europa, estas imágenes originan una investigación de la Seguridad Militar de la Wehrmacht primero, y de la Gestapo después. Por ejemplo, una foto inicialmente enviada por un soldado alemán a su familia da la vuelta al mundo: allí se ve a un miembro de un *Einsatzgruppe* que, con el fusil apoyado en el hombro, se dispone a disparar sobre una mujer judía que se aleja con su hijo en brazos, mientras que en cuclillas algo más lejos se divisa a unas personas cavando su tumba. La foto había sido tomada durante una masacre en Ivangorod, Ucrania, y fue interceptada en 1942. Los oficiales de la Gestapo siguen la pista a comienzos de 1943 hasta que dan con la gran tienda de fotografía de Varsovia.

—¡Pónganse a salvo, va a haber una redada en Foto-Rys! —previene el servicio de informaciones del ejército secreto polaco, siempre bien informado. Mieczyslaw y Jerzy huyen. Pero Andrzej, el químico, es capturado y ejecutado.

Los dos aprendices de fotógrafo se han vuelto muy expertos: instigados por la Resistencia, crean un laboratorio secreto y confeccionan incluso artilugios para ocultar microfilmes en estilográficas, tacos de zapatos, tubos de pasta dentífrica. Después de irse a descansar al campo, circulan nuevamente negativos nazis que no llegan a ver: son los de la “limpieza” del gueto judío de Varsovia, que ocurre en la primavera de 1943.

En especial una foto, tan conmovedora como la de Ucrania y que figura igualmente entre las más célebres de la Segunda Guerra Mundial, por no decir de todo el siglo xx. Muestra a un niño judío de alrededor de siete años, vestido con un abrigo que sólo le llega a la altura de su pantalón corto, por encima de las rodillas, y con una gorra en la cabeza. Levanta los brazos ante la amenaza de un oficial uniformado de la Gestapo mientras se lo conduce, junto con un grupo de hombres y de mujeres, fuera del gueto de Varsovia. La foto fue tomada probablemente a

finales de la primavera de 1943. Se ha identificado al SS: Joseph Blösche, que habría de ser juzgado en la República Democrática Alemana y ahorcado en 1969. Y se ha identificado a otros niños, Hanka Lamet, Leo Kartuzinsky, y a dos madres, Matylda Lamet Goldfinger, y algo más lejos Golda Stavarowski, con un solo brazo en alto porque, además de su mochila, porta un pesado cesto en la mano izquierda. El brazo en alto es el derecho, rodeado por el brazalete blanco con la estrella azul de David. Se ha identificado a estos desdichados, pero no al pequeño *gavroche* con gorra.¹⁶²

Si bien no llegó a ver esta foto en su momento, Jerzy Tomaszewski conoce muy bien la historia del gueto. Sabe cómo, a partir de 1939, 400 000 judíos, es decir un tercio de la población de la capital, son hacinados detrás de muros de tres metros de altura, rematados por alambres de púas, y subsisten en condiciones de vida realmente terribles. Cómo, cuando el hambre y la enfermedad se desarrollan, a partir de julio de 1942, los nazis comienzan a exterminar a los judíos del gueto. Cada día los SS embarcan a 5000 judíos en trenes destinados al campo de Treblinka, a 100 km de Varsovia, para allí exterminarlos. En la primavera de 1943 deciden acabar con aquello de una vez por todas. ¿Su plan? Deportar a los 60 000 judíos restantes y demoler el gueto. Se puede juzgar la miseria que allí reina si se considera la situación de los niños. Ella es tanto más palpable cuanto que muchos salen “al lado ario”, fuera del gueto, para arañar alimentos y, a su vez, alimentarse mediante el mercado negro a través del trueque.

Marek Edelman, uno de los jefes de la Resistencia en el interior del gueto, por entonces de veintidós años, resume de este modo la lamentable situación de estos chiquillos: “Los niños mendigan masivamente.

162 De acuerdo con numerosos testigos, este niño sería Artur Siemiatek, nacido en Lowicz en 1935. O, incluso, Tsvi Nussbaum, nacido en Palestina en 1935 y deportado a Bergen-Belsen entre julio de 1943 y abril de 1945. En la posguerra, este último pasará por Bélgica y por Palestina, y después dejará Israel rumbo a Estados Unidos en 1951, en donde, en Nueva York, terminaría siendo médico. Él mismo se ha reconocido en la foto.

Otra identificación: la efectuada por los propios padres (en Israel) de Levi Zelinwarger, nacido hacia 1930 y muerto en la deportación. Según algunos, la foto habría sido tomada ante el hotel Polski de la calle Długa antes de la partida hacia Bergen-Belsen; acorde otros, en la calle Kupiecka, en el interior del gueto. Debe observarse que ante esta foto, como ante la del soldado que se dispone a disparar sobre la madre judía con su niño en Ucrania, los medios negacionistas (que niegan la existencia de las cámaras de gas, e incluso con frecuencia la del Holocausto) aprovechan el hecho de que ha habido mucha dificultad para identificar a los protagonistas para denunciar una falsificación. Sin embargo, en lo que respecta al gueto, el propio Joseph Blösche reconoció ser el SS de la foto (véase el libro de Heribert Schwan y Helgard Heindrichs, *Der SS-Mann, Joseph Blösche. Leben und Sterben eines Mörders*, Droemer, Munich, 2003). [N. del a.]

Mendigan en el gueto. Mendigan en ‘el lado ario’. Chiquilines de seis años se deslizan entre los alambres de púas, incluso ante la mirada de un gendarme, para pedir alimento del otro lado. Cada uno facilita la vida de toda una familia. A menudo un disparo entre los alambres de púas avisa a los distraídos que uno de esos pequeños traficantes acaba de morir en la lucha contra el hambre. Los ladronzuelos hacen su aparición: chiquillos, o más exactamente esqueletos de chiquillos que les arrancan las bolsas a los transeúntes y devoran de inmediato su contenido, huyendo enseguida. En su afán, a menudo les ocurre ingerir jabón o legumbres secas”.

En el exterior del gueto, el pequeño fotógrafo Jerzy no es el único de los adolescentes resistentes en preocuparse por la suerte de los niños. Así, Yolande Ebin, nacida en 1929 en Lodz, asiste a la escuela clandestina –ya que la escuela les está prohibida incluso a los polacos–, por lo que todos los días bordea el muro del gueto. Yola, como la llaman sus allegados, reconoce que ella y sus amigos son indiferentes en cuanto a la suerte de los judíos:

–Cuando lleguen los estadounidenses, van a tirar abajo el muro.

Hasta el día en que ve mendigar a los niños judíos.

“Son verdaderos esqueletos ambulantes, apenas cubiertos de harapos, azules de frío y con inmensos ojos vacíos trastornados por la tristeza. Cuando los veo en la mañana, antes de llegar a la escuela, les arrojo por algún ventanuco mi gran rebanada de pan en una bolsa de papel. Es preciso que los alemanes no me vean: esto podría costarle caro al edificio entero...”.

Pero en la primavera de 1943 se percata de que camiones cubiertos con lonas van y vienen por el gueto. Los niños a los que les arrojaba sus rebanadas de pan han desaparecido. En la escuela, Yola entabla duras discusiones al respecto con sus camaradas:

–Han muerto todos en silencio, sin defenderse –afirma una.

–También son polacos. ¿Por qué no se hace nada por ellos? –pregunta otra, mientras que una tercera no ve que haya nada que decir acerca de su suerte:

–Me compadezco de ellos en tanto que seres humanos, pero no como judíos. Nosotras somos cristianas.

Y sigue recordando Yola: “Estamos en Pascua. Los días, en este año, son muy tristes y fríos. La feria ha instalado sus carruseles y sus columpios exactamente al pie del muro del gueto. La música obsesiva nos rompe los oídos... En esto, todas estamos de acuerdo: se trata de un espectáculo chocante, nos sentimos incómodas y no nos atrevemos a mirarnos. De pronto, el mundo se tambalea: explosiones, ráfagas de ametralladoras,

chasquidos de carabinas: estos ruidos sorprenden después del silencio de los días anteriores. El gueto se despierta, el gueto se rebela”.

En efecto, pero antes de echar la mirada detrás de los altos muros para comprobar que la juventud del gueto ha organizado este levantamiento, estaría bien contestar en parte al interrogante que se plantea Yola. ¿Y los niños del gueto? Tantos y muchos han partido hacia Treblinka. Sin embargo, todos no han sido deportados: 2500 de ellos han sido salvados por una organización especial de la Resistencia polaca, el *Rada Pomocy Zydom* (Consejo de Ayuda a los Judíos), conocido por su abreviatura Zegota. En su seno, una de sus activistas, la asistente social Irena Sendler, ha dispuesto un “despacho” encargado de la infancia. En vinculación con el gobierno polaco en Londres, este grupo organiza redes con el fin de salvar niños ocultándolos entre polacos no judíos.

Para filtrarlos del gueto, los más pequeños salen ocultos en bolsas o valijas, mientras que a los más grandes se los hace recorrer las alcantarillas, cuya extraordinaria red fue concebida por un ingeniero inglés, William Lindley, a finales del siglo XIX. Una vez llegados a la parte “aria” de la ciudad, provistos de documentos falsos, los niños quedan ocultos en familias de acogida y en conventos de internado.

Entre los organizadores del Zegota figura una familia “amiga de los judíos” que nos interesa de forma capital, la de los Rajszczak. Está formada por Feliks y Weronika, los padres, y sus hijos Tadeusz y Mirka. Estos últimos, que ocultan a niños judíos, pertenecerán al poco tiempo, al igual que Yola, a la vasta organización de los pequeños scouts del ejército secreto, quienes desempeñarán un papel considerable en la Resistencia polaca. Volveremos a encontrarlos pronto y descubriremos en qué condiciones asombrosas se cruzarán en el camino con Jerzy Tomaszewski, el fotógrafo rey de los microfilmes...

Pero ya, como afirma Yola, “el gueto se despierta”. Himmler ha fijado como fecha de su liquidación final el día de la Pascua judía (*Pesaj*). El 19 de abril de 1943, a las tres de la mañana, el gueto queda rodeado. Tres horas después, unos 3000 SS del coronel Ferdinand von Sammern-Frankenegg, acompañados por policías polacos y tropas de refuerzo ucranianas pronazis, los *trawniki*, ingresan al sitio por dos grandes portales. Cuando la primera columna, acompañada de blindados, llega al primer cruce importante, en la intersección de las calles Mila y Zamenhof, es recibida por fuego nutrido, mientras botellas incendiarias destruyen los vehículos blindados y el tanque encargado de proteger el conjunto. Se produce la desbandada. Caen muertos una docena de asaltantes. No hay pérdidas del lado judío. Jamás los alemanes hubiesen

llegado a pensar que tendrían que enfrentar un ataque de los judíos del gueto, que por lo demás están muy organizados.

En agosto de 1942, en el momento de las primeras redadas para las deportaciones a Treblinka, vio la luz la *Zydowska Organizacja Bojowa* (ZOB), la Organización Judía de Combate. Agrupa a muchos cientos de combatientes provenientes de todos los grupos juveniles representados en el gueto. Tales como los jóvenes sionistas socialistas del *Hachomer Hatzair* –citado ya en esta obra en referencia a la organización de la Resistencia en Auschwitz–, de la Gordonia y del Dror, predicando los tres movimientos la emigración a Palestina para fundar una república de trabajadores en un nuevo Estado judío. La primera misión secreta del Dror consistió en crear un liceo en el gueto que sirviese de escuela de formación de cuadros militares. Dror forma parte asimismo del *Halutz* –los *halutzim* son los pioneros de entre quienes surgieron los *kibutzim* originarios de Polonia–, esfera de influencia a la que también está ligada la *Akiba*, grupo juvenil no alineado creado exactamente antes del levantamiento. Jóvenes comunistas del *Polska Partia Robotnicza* (PPR), el Partido de los Trabajadores Polacos, forman asimismo parte del estado mayor de la ZOB de común acuerdo con el Bund, el Partido Socialista laico que no pregona la emigración a Palestina, y que milita a favor del idish más que por el renacimiento del hebreo, alentado esto último por los sionistas.

Con escasas excepciones –algunos “viejos” en la treintena–, los jefes de grupo tienen por lo general algo más de veinte años, y los partisanos, chicos y chicas, son adolescentes o jóvenes recién salidos de la adolescencia. Todavía muy precoces, los niños no están armados, pero conforman una amplia red de “mocosos”, como son denominados estos pequeños espías, así como de agentes de enlace, de vigilantes, que previenen los movimientos del enemigo.

A sus veintitrés años, Mordejái Anielewicz, miembro del *Hachomer Hatzair*, es nombrado jefe militar de la ZOB el 2 de diciembre de 1942. La conjunción de los distintos grupos queda bien reflejada en ocasión del primer ataque en la intersección Mila-Zamenhof: participaron ahí los grupos de combate del Bund, del Hachomer, del Dror y del PPR.

Seiscientos partisanos, muchachos y muchachas, están armados y se muestran decididos a luchar hasta el fin. Se los ha repartido en veintidós unidades presentes en lo que se denomina el pequeño y el gran gueto, estando este último dividido en tres barrios: el gueto central, el “barrio de los Cepillos” (con los talleres de bruceros) y el barrio de la fábrica Töbrens-Schultz, en donde, según la propaganda nazi, “los judíos productivos trabajan con denuedo por Alemania, donde pueden esperar tranquilamente el fin de la guerra”.

El primer día la batalla dura catorce horas. Sammern ha sido reemplazado durante los combates por el *Brigadeführer* Jürgen Stroop, el SS que comanda la policía alemana de Varsovia. Pero este cambio de mando no impide un combate feroz que se vuelve en contra de los nazis. Cuando redacte su informe sobre la batalla, Stroop explicará del siguiente modo las dificultades enfrentadas: “Los judíos y los criminales defienden pasando de un punto de resistencia a otro, y escapan de la persecución emprendiendo a último momento la huida por las terrazas o por los pasajes subterráneos”.

Los SS tratan de pasar desapercibidos, corren en fila india de un escondite al otro. Los insurgentes están en lo más alto. El 21 de abril los combates siguen causando estragos.

El general Stroop está que trina: “El enemigo ha empleado las mismas armas que la víspera; se sirve sobre todo de explosivos que ha fabricado artesanalmente. Por vez primera hemos visto a miembros de la organización judía femenina de combate (movimiento *Halutz*)”.

En efecto, ocurre esto en el “barrio de los Cepillos”; un soldado ha reparado en que desde el segundo piso de un edificio una joven disparaba sobre su escuadra:

–*Schau, Hans! Eine Frau schiesst!* (¡Mira, Hans! ¡Una mujer nos dispara desde arriba!).

Se trata de Dvora Boran, cuya hermosura es legendaria. Prueba de ello: el 2 de mayo, para permitir que todo un grupo de partisanos se despliegue, aparece desde el búnker frente a frente al enemigo, y el comando de alemanes queda pasmado ante la vista de aquella belleza. Ella aprovecha la situación para pulverizarlos con una granada. Por desgracia, caerá algo después empuñando las armas, pero sus compañeros le deben la vida.

El general Stroop está muy equivocado al asombrarse por el activismo femenino. Ellas son tan numerosas como ellos. Simha Rotem alias Kazik, de diecinueve años, se ha convertido en el amante de Dvora en una noche entre dos enfrentamientos, en el “barrio de los Cepillos”, tal como lo confía con ternura en sus memorias. Es él uno de los pocos muchachos encargados especialmente de mantener el contacto con el “lado ario” de Varsovia.

“A excepción de Kazik, todos los mensajeros son mujeres (menos identificables que los hombres judíos). La mayoría de ellas, jóvenes y encantadoras (dicho de otro modo, pueden parecerse a polacas ‘arias’), hablan por supuesto un polaco perfecto. Y todas arriesgan sin cesar su vida”, destaca su amiga Barbara Hershaw en el prólogo a sus memorias, de 2008.

Ante el creciente tamaño de la resistencia, el 23 de abril el jefe SS cambia de táctica y decide incendiar el gueto. En el mismo día, Anielewicz

entrega un recado a un mensajero encargado de buscar ayuda del “lado ario”: “Cuidate. Es posible que volvamos a vernos. Pero lo más importante es que el sueño de mi vida se ha vuelto realidad. He vivido lo suficiente como para asistir a la defensa judía del gueto en toda su grandeza y en todo su esplendor”.

La batalla continúa mientras los cañones, e incluso la aviación, bombardean el pequeño recinto judío. En la noche del 25, Stroop escribe: “Ayer, un resplandor rojo cubría al antiguo gueto; hoy, aquello es un inmenso océano de llamas”.

8 de mayo. Ahora, la comandancia está rodeada en su búnker de la calle Mila. Los alemanes atacan el fortín con gas asfixiante. Mordejái Anielewicz, jefe de la insurrección, se suicida con gran número de sus camaradas después de haber matado a su amiga. Marek Edelman relata cómo una joven llamada Ruth se dispara siete veces a sí misma antes de conseguir suicidarse para no caer en manos de los alemanes.

De igual modo, el final de estos combatientes se salda con una suma de acciones más heroicas unas que otras. Por ejemplo: la de David Hochberg, un responsable de los combatientes del Bund en el gueto central, que había participado en el primer ataque del 19 de abril. Su madre, juzgándolo demasiado joven (había nacido en 1925), le había prohibido ingresar en la ZOB. El final de este joven combatiente es increíble. De acuerdo con lo que informa Edelman: “Cuando los alemanes se acercan al refugio en donde se resguardan cinco grupos de combate y unos cientos de civiles, su muerte parece inevitable. David deja su arma y tapona el paso estrecho con su cuerpo. Los alemanes lo matan en el acto, pero, antes de que puedan extraer su cuerpo de aquel pasaje, toda la población civil y los combatientes logran escapar del refugio”.

Al cabo de veinte días de lucha, unos cuarenta combatientes, entre ellos Marek Edelman y Kazik, logran huir por las alcantarillas y llegar a la zona “aria”, siendo acompañados por civiles. El AK (*Armja Krajowa*), el ejército polaco del interior, que había prometido ayudarlos, no ha acudido a la cita. Son los camiones del otro ejército secreto rival, el AL (*Armja Ludowa*), el ejército popular, de izquierda y muy pequeño, los que los conducen hacia un destino seguro.

La utilización de las alcantarillas sorprende a los alemanes aun cuando, en muchas ocasiones, ya hacia el final, intentaron cortarlas en tramos. Lo que lleva al general Stroop a escribir, en su informe final del 16 de mayo de 1943: “Los judíos se ocultaban en las alcantarillas y los búnkers destartalados. En los primeros días se creyó que no existían sino búnkers aislados. Sin embargo, en el transcurso de esta misión de largo aliento se ha advertido que en el conjunto del gueto se había organizado un amplio sistema de sótanos, búnkers y pasajes. Cada búnker y

cada pasaje daba acceso al sistema del alcantarillado. Este sistema de alcantarillas fue utilizado por los judíos para pasar de forma subterránea hacia el lado ario de la ciudad”.

Entre los guías, Kazik tiene un amigo que ha luchado junto con él en el “barrio de los Cepillos”, Schlomo Shuster, de diecisiete años. Miembro del Dror, demostró una valentía excepcional y consiguió salvarse por las alcantarillas el 8 de mayo; después, volvió en sentido inverso para llevar a cabo un operativo de rescate, en el que lo mataron.

La joven judía estadounidense Mary Berg, de dieciséis años, que gracias a su nacionalidad pudo dejar el gueto poco antes del levantamiento, anota con toda razón en su diario: “Los propios alemanes se quedaron estupefactos ante la heroica resistencia de los combatientes del gueto. No llegaban a entender de dónde esas personas, hambrientas y extenuadas, sacaban tanto coraje y fuerzas para defender la última ciudadela judía de Polonia”.

Sin embargo, en su informe final el *Brigadeführer* Stroop parece totalmente satisfecho: “Detalle de la gran operación del 16 de mayo de 1943 iniciada a las 10.00: 180 judíos, bandidos y subhombres acabaron aniquilados. El que fue barrio judío de Varsovia no existe más. La totalidad de judíos capturados y de aquellos cuyo exterminio se puede dar por cierto se eleva a 56 065. En el día de hoy no hemos experimentado pérdidas”.

Con todo, hay sobrevivientes que no han tirado la toalla, aún. Los partisanos de la ZOB, con Marek Edelman al frente, poseen ya gran experiencia de este mundo del secretismo y la rebelión. Pronto van a participar en un nuevo episodio de la Resistencia en Varsovia. No sin dejar sentado de inmediato por escrito, a pedido de la “sección histórica” de su movimiento, lo que les va sucediendo con el fin de que las nuevas generaciones se enteren de todo ello.

Mientras tanto, cuando el gueto se encuentra en llamas, en el barrio residencial de Bielany, al noroeste de Varsovia, la madre de Yola le comenta: –Hoy es con los judíos, mañana será con nosotros.

Y no lo sabe ella bien. Como consecuencia de una denuncia, su marido ha sido arrestado por supuestos vínculos con la Resistencia. Fue liberado, pero mientras tanto ella misma, la madre de Yola, es detenida a su vez y pasará dos meses en la siniestra prisión de Pawiak. Y sobre todo –indudablemente a causa de denuncias– Jean, el hermano mayor de veinte años que quería ser arquitecto, cae en las redes de la Gestapo. Ha desaparecido. Se sabrá de su muerte mucho después.

Yola y su padre pasan una muy triste Navidad en 1943, en casa de la tía Wanda, en donde vive ya la adolescente con su nueva identidad de Helena Chodakowska. Mientras el año de su último curso del bachillerato (1944) se anuncia sombrío, su amiga Alexandra le pregunta:

–¿Estás al corriente de que se prepara una insurrección?

–¡No, no sé nada de eso!

–¡Sí, sí! Y tu deber es participar. Debes seguir la huella de tu hermano...

Yola se muestra preocupada: “Siento mucho miedo, porque me pregunto qué papel se me va a confiar. No me imagino matando alemanes con la metralleta, o arrojando granadas contra los blindados. No tengo muchas ganas de esta nueva responsabilidad que me cae del cielo. Y por cierto que la ‘huella’ de mi hermano no me atrae nada de nada. En fin, ya se verá”.

El problema que se plantea Yola no es una tontería. En la vasta organización de los jóvenes scouts que se prepara, son múltiples las funciones y las misiones, incluidas violentos operativos propios de comandos. Así, Maria Stypulkowska, que sólo tiene dieciséis años –apenas dos más que Yola–, pertenece al grupo Parasol, una organización del AK encargado del contraespionaje así como de la ejecución de los traidores y de los peores enemigos de Polonia. Como tal, ha participado, el 1º de febrero de 1944, en el asesinato del nuevo jefe de la policía nazi, Franz Kutschera, destacado en acciones de los *Einsatzgruppen* en el Este. Ha sido el grupo Pegaso de los *szare szergi*, del que Maria es miembro, el que ha liquidado al jefe SS.

Los *szare szergi* –literalmente, los “filas grises”– son cerca de 9000 scouts resistentes en Varsovia. Los más jóvenes –de doce a catorce años– están agrupados en diversas unidades llamadas *zawisza* (del nombre de un célebre caballero de la Edad Media). Tienen que prodigar los primeros cuidados o encaminar a los correos, e incluso transportar armas. Los mayores, de quince a diecisiete años, pertenecen a las *bojowe skoly*, las “escuelas de batalla”, y realizan operativos de “pequeño sabotaje” y de propaganda. Se trata del reparto de volantes y de diarios clandestinos, de la destrucción de banderas alemanas, de la activación de alarmas antiincendio, del lanzamiento de bombas fétidas en los cines que proyectan filmes nazis, e incluso del rasgado de las ropas de los espectadores. Finalmente, combaten la propaganda antisemita en contacto con la organización sionista de izquierda *Hachomer Hatzair*.

Aunque muchas de las acciones de la sección N parezcan divertidas, son sin embargo sumamente peligrosas a los ojos de la represión nazi. Está también la sección WISS –*Wywiad Informacja Szarych Seregów*–, el servicio de informaciones de los “scouts grises” que vigila todos los movimientos del enemigo y recoge informaciones que, transmitidas a los Aliados, llegan a Londres. Siguen los grupos GS–*grupy szturmowe*–, los “grupos de choque” compuestos por scouts de diecisiete a veinte años, como el que se ha cargado a Kutschera. Y, por último, existe la escuela clandestina de oficiales, llamada Agrícola.

Los “scouts grises” a los que se va a unir Yola se preparan para el gran día, el “día W”, como se dice en la capital, o sea Warszawa (Varsovia, en polaco).

El verano de 1944 es el de todas las esperanzas. En tanto que los estadounidenses han desembarcado en Normandía –junto con una división blindada polaca–, el ejército soviético ha avanzado considerablemente en el frente del Este. El 19 de julio, el grupo de ejércitos comandado por el general Rokossovsky inicia su ingreso en Polonia. Entonces es cuando el comandante del AK, el Ejército del Interior, mandado por el general Bór-Komorowski, encara la oportunidad de un levantamiento. Se siente alentado por el atentado contra Hitler, que se ha producido el 20 de julio de 1944. ¿Acaso no está por derrumbarse el III Reich milenario?

Se entabla una carrera de velocidad. El gobierno polaco del exilio, en Londres, duda. No mantiene, desde 1943, relaciones diplomáticas con los rusos, a quienes les reprocha –con toda razón– el haber ejecutado a miles de sus oficiales en Katyn en 1939, un crimen hasta entonces imputado a los nazis. Así resulta imposible coordinar una ofensiva junto con Stalin, de quien se recuerda en esta ocasión que participó del desmembramiento de Polonia (apoderándose de una parte de su territorio) sólo cinco años antes. Pero en 1944, y en el mundo entero, el “padrecito de los pueblos” goza de un aura extraordinaria e incluso sus enemigos de ayer desean la victoria del Ejército Rojo. A excepción del servicio de informaciones, las altas esferas del AK se pronuncian a favor de un levantamiento. Más vale que Varsovia se subleve antes de que los rusos la “liberen” a su modo, imponiendo tropas polacas formadas en su seno e instalen un Partido Comunista en el poder. A pesar del reparto del mundo firmado en Yalta por Stalin, Roosevelt y Churchill, los jefes del AK cuentan con la ayuda británica. Una división de paracaidistas polacos se halla en *stand-by* en Londres, y una escuadrilla polaca de la RAF puede ser enviada en apoyo; y, desde Italia, en donde el ejército polaco del general Anders se halla a punto de tomar Monte Cassino junto con el ejército francés, podrían entregarse armas a la Resistencia de aquí. Pero Stalin se opone al aterrizaje de aviones provenientes de Brindisi. A finales de julio, los soviéticos se hallan a 12 km de Varsovia... ¿Van a dejar las armas en posición de descanso?

En la noche del 29 de julio, una amiga desliza una pequeña nota por debajo de la puerta de Yola: “Preséntate el 1º a las 17.00 en la esquina de la calle de los Filtros”.

Seguramente va a tener lugar la insurrección. En el mismo momento, el Despacho de Información y de Propaganda (BIP) del AK, que ha votado por el levantamiento, convoca al fotógrafo Jerzy Tomaszewski: “Jur,

tienes que fotografiar junto con tus colegas todo lo que va a ocurrir. ¡Es necesario que el mundo entero sepa qué anda pasando en Varsovia!”.

Esa misma noche, Jerzy prepara su cámara plegable Dollina de 35 mm con el mismo amor con que procede a limpiar su fusil en la víspera de un combate. Prepararse para la guerra, eso es lo que hacen los 40 000 partisanos de los grupos de combate polacos, de los que uno de cada cuatro es un “scout gris” preparándose para tomar por asalto el cielo.

1° de agosto. 16.10. Un “scout gris” llamado Alina, portador de un mensaje del Comando Supremo que da la orden de iniciar la insurrección, llega a la fábrica Telefunken. Pero ya se ha comenzado a disparar.

“A las 13.00, yo estaba todavía en mi casa en Aleje Jerozolimskie –contará después–. Mi hermanito me preguntó: ‘¿Adónde vas?, ¿es la insurrección?’”. Pero yo seguí guardando el secreto: ‘Se trata de una misión, eso es todo’. Adam vio que agarraba mi fusil de fábrica nacional cargado y montado. Le di la mano y lancé una mirada a mi cuarto, al que nunca volvería a ver y en donde dejaba un ‘sagrado lamento sentimental’. A cada uno de nosotros se nos había fijado un itinerario que debíamos seguir: avanzaba yo por la calle y veía a decenas, a cientos de jóvenes en ropa de campaña o de combate”.

Alina se reúne con otros tres scouts, encargados al igual que él de entregar las órdenes de batalla cuando, doblando la esquina de la calle Marszałkowska con Złota, los cuatro pequeños polacos se topan cara a cara con cinco alemanes. ¿Quién va a disparar primero? Los verdeoliva miran fijamente a los “scouts grises”. Saben ya que la insurrección ha comenzado. Pero siguen de largo apresurando su paso. Finalmente, Alina llega en la calle Karolkowa a una barricada de resistentes armado con una metralleta.

16.45. Yola sale de su casa. Encuentra a decenas de jóvenes que llevan, al igual que ella, el brazalete rojo y blanco de la libertad. Todos convergen en el mismo punto. A lo lejos hay tiroteos, explosiones. Llegados delante del edificio de la cita, estos jóvenes esperan. Los jefes se han retrasado. Pero Yola jamás se sintió tan feliz. Las personas salen a la calle por primera vez desde 1939, tienen la impresión de ser libres.

“¡Qué Varsovia íbamos descubriendo! –se regocija el 3 de agosto Anna Szatkowska, de dieciséis años, miembro de la patrulla Ewa-Maria de los scouts Harcerska del batallón Gustaw–. Locas de alegría, las personas se abrazan y lloran de emoción. Por todas partes banderas rojo y blanco, salidas de los escondites, adornan los edificios. Niños, adultos, ancianos, todo el mundo se precipita para ayudar a montar barricadas. Se amontona en ellas todo lo que se tiene a mano: adoquines, basura, barriles, muebles pesados, cochecitos de niños, piedras y bolsas de arena,

planchas y barras de hierro. Al pie de cada barricada se cava una trinchera que permitirá cruzar la calle al abrigo de las balas”.

Cuando los combates van amplificándose, Anna, nombrada socorrista, acude con su patrulla a su cuartel general situado en la Ciudad Vieja, y aparecen entonces nuevos jóvenes que convergen para incorporarse a sus filas. Pero, al mismo tiempo, muchos grupos de scouts resultan diezmados. Y las chicas ofrecen su sangre, en el sentido propio de la palabra. También ellas caen. Del batallón Gustaw, dos jóvenes enfermeras resultan asimismo muertas en el bombardeo de su hospital: Halina Gasiorowska, de diecisiete años, e Irena Gasiorowska, de diecinueve. Sus verdaderos nombres son Chaja Bornsztain y Ester Fajga Bornshtein. Son judías, y tuvieron que tomar nombres polacos “arios” para ser aceptadas en el seno del movimiento insurreccional...

Porque los judíos se han sumado al levantamiento a pesar de la manera en que habían sido tratados por muchos polacos el año anterior, por no hablar de los pogroms de antaño: se trata de los combatientes sobrevivientes del gueto y que han permanecido en Varsovia o que se han salvado de los campos de exterminio.

Tal es el caso de Samuel Willenberg, que participó de un levantamiento en el campo de exterminio de Treblinka el 2 de agosto de 1943. Tiene veinte años y se halla muy decidido a participar de la insurrección, aun cuando la gente del AK ni a regañadientes acepta la integración de los judíos: para luchar tiene que cambiar de nombre, y el hecho de haber estado en contacto con el *Armia Ludowa*, pequeño ejército de izquierda de seiscientos miembros comandado por el “general Skala”, no es precisamente de mucha ayuda. Durante los combates, Samuel estuvo incluso a punto de ser abatido por un *sniper* del AK. A causa del comportamiento de ciertos miembros del AK y de la existencia de corrientes de extrema derecha en su seno, los supervivientes del gueto, como Kazik, prefieren combatir al lado del AL, por lo que él se posiciona en la calle Freta, que bordea el Vístula. En el momento del levantamiento, los “antiguos combatientes del gueto” llamarán a los judíos ocultos para que, a su vez, participen. De acuerdo a estimaciones, son todavía 25 000 disimulados en la ciudad bajo identidades de arios. Un millar lucharán empuñando sus armas.

A pesar de sus reticencias, los resistentes “arios” se sienten satisfechos de contar con el apoyo de algunos resistentes judíos. Prueba de ello es el caso de Irena Polkowska-Rutenberg. En el momento del levantamiento tiene catorce años. Su madre es enfermera y trabaja en el hospital de la calle Podwale, junto a las fortificaciones de ladrillo rojo de la Ciudad Vieja.

Juntas, madre e hija atienden a los partisanos: “Hubo un ‘scout gris’ de nombre Kubush –recuerda Irena–, un muchachito de catorce años,

como yo, que luchando en las barricadas había recibido una bala que le había producido un enorme agujero en la cabeza”.

Durante estas jornadas memorables, las fotos que toma Jerzy, más de un millar, dan la medida de la alegría experimentada en Varsovia, pero también de la organización de la Resistencia, en la que los niños y los adolescentes juegan una parte primordial. En la calle Solec fotografía a los pequeños scouts del servicio postal, con sus grandes quepis de cartero, sus carteras con el águila blanca estampada y sus brazaletes rojo y blanco. Algo más lejos, unos *gavroches* de gorra y con pantalones cortos venden uno de los 130 periódicos impresos por vez primera en cinco años. Una encantadora rubia, con los cabellos al viento, y que porta una gran cartera apoyada en el vientre, se halla detrás de una hilera de alambres de púas y parece reprender a un muchacho encorbatado con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo; luce un casco alemán pillado al enemigo y mantiene la nariz baja, no muy orgulloso de sí. Jerzy pondrá como pie de su foto: “Una agente de enlace dicta sus órdenes”; pero, francamente, podría decirse que ambos jóvenes debían conocerse con anterioridad y que están hablando de algún otro asunto... ¿Sería posible que en la calle Lostec estuviese remolineando el amor?

Lo importante que en estos contactos se advierte es que Varsovia renace. Varsovia lucha. Y una vez revelados, los negativos son ocultados, y se envían los clisés a Londres para su difusión en todo el mundo con el fin de revelar que se ha sabido enfrentar a la tiranía. Otros once fotografías alimentan junto a él al BIP, que puede de este modo ilustrar diversos boletines y periódicos. Por lo demás, toda la prensa florece: todo un universo cultural no hace mucho clandestino parece brotar de la tierra. La radio difunde sin interrupción informaciones y música, se organizan conciertos. Una patrulla de “scouts grises” pasa por delante de un edificio en el que se interpreta a Chopin. Polonia reencuentra su alma.

Cada día que pasa parece una conquista sobre la desdicha. Un grupo de asalto del AK ataca el campo de Gesiówka, en el antiguo emplazamiento del gueto, y libera a 360 hombres y mujeres que todavía se hallaban ahí. Muchos de estos últimos se suman al levantamiento. Nunca podrá afirmarse que la gente del AK es antisemita.

Pero la situación no es ventajosa para los insurgentes. Una división SS ha recuperado el control del barrio occidental de Wola y masacra allí, en una jornada, a miles de polacos. Yola anota: “Los barrios de los Filtros, de Wola, de Mokotuf son recuperados desde los primeros días por los alemanes, que lanzan carros, artillería pesada y aviones contra los combatientes, en su mayoría mujeres y niños que disponen de un armamento miserable”.

El 4 de agosto, tras perder el contacto con sus jefes, Yola se oculta en un sótano con ocho amigos resistentes. Hasta que salen por un momento para comprobar que gran parte de la ciudad se está incendiando. Un muchacho dice:

—¡Estamos perdidos!

Todos se quitan los brazaletes. Tienen ganas de llorar. De pronto, una ráfaga de pistola ametralladora. Una decena de alemanes baja hacia el sótano gritando:

—*Banditen! Banditen!*

“¿Tenía yo el aspecto de un bandido con mis trenzas y mi boina escocesa?”, se pregunta Yola.

Cuestión de olfato: los alemanes detienen a los ocho jóvenes resistentes. Se los conduce a un sótano colindante. Se los alinea de cara a la pared. Llamas, detonaciones. Un oficial dispara por turno sobre cada adolescente. Yola se santigua. El oficial llega a su lado, le alza la trenza de la izquierda. Un restallido blanco. Yolande Ebin, la pequeña Yola, ya no será una resistente...

7 de agosto. Los alemanes refuerzan sus fuerzas especiales, como las que han abatido a Yola. En los barrios recuperados a los insurgentes, nuevamente redadas, detenciones, ejecuciones sumarias, envíos a los campos de concentración. En una semana, 35 000 ciudadanos masacrados: hombres, mujeres, niños.

Mientras tanto, Jerzy el fotógrafo da cuenta de cómo la insurrección ha pasado a la defensiva. Y redobra su actividad. Además de sus fotos, también escribe artículos. Desconfianza: los tiradores de elite alemanes, a los que los varsovianos llaman *golebiarze*, disparan sobre todo lo que se mueve, comenzando por los pequeños scouts. El trabajo del fotógrafo se vuelve cada vez más arduo sin entrenamiento militar. En una oportunidad, se le pide que fotografíe una unidad alemana. Se trata más de información que de foto-reportaje. Se sube a un piso de un edificio y repta por una terraza. Para evaluar el peligro, coloca su sombrero en el extremo de un bastón y lo sitúa ligeramente por encima del balcón. *Illico presto*, ¡el sombrero es despedazado por una bala!

Dios sea loado, las tropas especiales no dan en el blanco en cada disparo. Siempre en este mismo 7 de agosto, Yola recupera la conciencia. Se lleva las manos a las orejas, convencida de que su cráneo ha estallado en mil pedazos. Toca con la punta de los dedos un orificio junto al ala izquierda de la nariz. Martillazos en la cabeza. Tiene ganas de vomitar. Alrededor suyo, cuerpos inmóviles. Todos sus camaradas, muertos. La luz del día se filtra por debajo de la puerta. Como un pequeño robot, con pasos lentos, sale del sótano, vuelve a verse en el aire libre y se encamina instintivamente hacia su edificio situado a sólo 500 metros de allí.

El portero, señor Popaul, va a conseguir hospitalizarla, no sin que sus padres reciban antes este mensaje:

—¡Yolanda está bien, la fusilaron!

¡Los “63 gloriosos”! La Comuna de Varsovia va a durar sesenta y tres días de combates encarnizados sin ayuda exterior. A orillas del Vístula, los regimientos polacos y sus amos soviéticos no se han movido. Se necesitarían volúmenes enteros para describir todos los episodios de valentía de la insurrección, que no impiden conjurar la mala suerte: la Comuna no ha muerto, pero casi.

Sin embargo, hay todavía fogonazos deslumbrantes. Por ejemplo, el 20 de agosto, después de tres semanas de lucha, los insurgentes toman el control de los edificios de comunicaciones y capturan a 115 soldados de elite SS. El 25 de agosto se sabe que París ha sido liberada. Un joven-cito, Stanislas Likiernick, salta de alegría al enterarse. Y de inmediato cambia de opinión:

—¡Me cago en la puta! En tres días más ellos serán libres, y nosotros, ¡a nosotros nos van a matar a todos!

Si bien participa en el levantamiento, al igual que su amigo el futuro escritor Roman Bratny, ambos están convencidos de que no hay ninguna posibilidad de salir de allí, tanto más cuanto que los rusos los han abandonado. Stanislas ha ingresado en la Resistencia a los diecisiete años, en 1941, para dedicarse a las informaciones. Después, participó en operativos de comando. Qué sentimiento de orgullo recuperado experimentó unos días antes cuando hizo volar en Varsovia un barracón alemán, y cuando su unidad patrullaba en el barrio entre las aclamaciones de sus habitantes. Él, que más tarde vivirá en París, ¿qué sabe por entonces de los polacos que participan en ese mismo momento en la liberación de la Ciudad Luz, comenzando por el más joven compañero de la Liberación, el pequeño judío polaco Lazare Pytkowicz? ¿Y de todos los otros jóvenes polacos caídos por la liberación de Francia...?

Como un año antes, en la batalla del gueto, la utilización de las alcantarillas, que se irradian a 12 metros por debajo de las calles, resulta primordial a medida que los insurgentes tienen que situarse a la defensiva. Conscientes de su experiencia en la batalla contra los judíos, los alemanes han comprendido que los varsovianos se desplazan bajo tierra y emplean intensivamente las canalizaciones de la capital. A veces arrojan una granada por una boca de desagüe. Otras, utilizan una especie de poderoso estetoscopio para detectar los desplazamientos.

En el subsuelo, y en medio de la oscuridad, tienen efecto largas y fantasmales procesiones de seres humanos que avanzan en silencio con el fin de evitar toda detección. Prohibido hablar, prohibido iluminarse con

una linterna. Se camina aferrando la mano del que va adelante y apoyando la otra contra el muro del costado, evitando sobre todo resbalar por aquel suelo viscoso y jabonoso. Más a menudo que en su momento, los “scouts grises” hacen de guías en estas catacumbas.

El 25 de agosto, a los alemanes se les ocurre construir un dique a la altura de la calle Muranowska, a la salida de la Ciudad Vieja. Esto no sólo bloquea los desplazamientos subterráneos, sino que también hace subir el nivel del agua, especialmente hacia el jardín público Krasiński. Habrá que dinamitarlo, lo que se logra con pleno éxito.

Hasta aquí, el sistema de alcantarillado ha servido sobre todo para asegurar las comunicaciones entre los distintos barrios que, en la superficie, los alemanes intentan controlar mediante un hábil *mitage*.¹⁶³ De todos modos, los “scouts grises” no siempre consiguen llevar sus mensajes. Se recurre entonces a un asombroso sistema: se envía por radio un mensaje codificado a Londres, ¡desde donde es reenviado de inmediato al aislado barrio de Varsovia al que está destinado!

Pero, sobre todo, mientras que la Ciudad Vieja se ha convertido en una ratonera, 6000 personas, combatientes y civiles –especialmente los heridos–, van a poder evacuar ese centro de la resistencia popular gracias a las alcantarillas, consiguiendo un millar de ellas llegar al barrio de Żoliborz, al norte de la Ciudad Vieja y a orillas del Vístula. Tal como lo admitirá más tarde el general Von dem Bach, jefe de las operaciones militares contra Varsovia, ya en ocasión de las negociaciones de capitulación con el general Bór-Komorowski, nunca pudo comprender el sistema del alcantarillado... Pues, no mucho más que Stroop un año antes, en el gueto judío.

Sin embargo, el laberinto ha generado un miedo real entre los soldados alemanes, que no dejan de ver a partisanos polacos saliendo de las bocas de desagüe –como diablillos saltando de golpe de sus cajas–, tendiéndoles una emboscada y disparando en todas las direcciones.

El 30 de agosto tienen lugar los últimos combates en el centro, mientras los Stukas bombardean la ciudad. Jerzy el fotógrafo procura seguir la progresión de las tropas alemanas que llegan ya a los viejos barrios populares centrales, y registra la central eléctrica bajo el ataque. Después se suma a la larga marcha subterránea por las alcantarillas.

El 2 de septiembre, temprano, Jerzy Tomaszewski acompaña la huida de los supervivientes de la Ciudad Vieja. A su salida del alcantarillado en el distrito de Śródmieście, después de horas de peregrinaciones, todos

163 *Mitage*, también *grignotage*. Término propio del urbanismo. Indica la implantación de edificios dispersos en medio de un paisaje natural; y, para este caso, suburbial. Es lo opuesto a la característica de concentración de las ciudades tradicionales. [N. del t.]

se sienten felices de haber podido escapar. Fotografía ahí a los jóvenes soldados del regimiento Radoslaw y a los “scouts grises” del batallón Miotla. Está allí un scout rubio con casco alemán, ornado con el escudo rojo y blanco; no se sabe si se trata de un chico o de una chica. Hay que decir que a menudo las muchachas se disfrazan de muchachos para ser admitidas en las secciones de combate y de reconocimiento. A su lado aparecen otros dos jóvenes combatientes a los que se podría tomar por chicos, pero que son chiquilinas. Al del casco alemán, llamado Maszynka (Máquina), de quince años, ya lo conocemos. Se trata de Tadeusz Rajszyzak, el chiquillo que con su familia, miembro de la red de ayuda mutua Zegota, socorría a los judíos del gueto el año anterior. Jerzy lo registra. Juntos, nos están enviando una sonrisa triunfal, la victoria de la juventud sobre la muerte... a pesar del número de amigos “scouts grises” que han caído. Nueva foto de Tadeusz: está de perfil y precede a una combatiente de diecisiete años llamada a convertirse en escritora célebre, Henryka Zarzycka Dziakowska. Si no se supiese el fin de la historia, su sonrisa resplandeciente debajo de su gorra con larga visera podría llevar a creer que ha sido la Comuna de Varsovia la que ha ganado...

Por supuesto, nuestro fotógrafo habría querido cubrir el acontecimiento hasta el final: cuando, el fatídico 2 de octubre de 1944, los jefes de la insurrección rindan armas; cuando, después de la capitulación, los alemanes barran Varsovia; cuando se sepa que en este levantamiento han muerto un cuarto de millón de polacos, la insurrección más importante con la que los nazis tuvieron que enfrentarse durante la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el 6 de septiembre el infatigable Jerzy ha vuelto a partir para fotografiar los combates. Es herido por fragmentos de metralla cuando procura colarse entre dos edificios de la calle Tamka. Sus compañeros lo corren hacia un lado, en donde se hallan, pura coincidencia, las ruinas de su casa familiar bombardeada por los nazis. Con la pierna cubierta de sangre, en espera de ser evacuado, encuentra fuerzas para inmortalizar a una mujer que intenta identificar a alguien entre los cadáveres alineados en la calle. Después, habrá de fotografiar a otros heridos en el hospital en que se atiende, y que poco después será bombardeado. Parecería que Jerzy el fotógrafo ha completado su capacidad de resistencia.

Pues bien, el fotógrafo conseguirá sobrevivir. Incluso al comunismo, que le parece otra forma de opresión impuesta por Stalin al día siguiente de la “liberación” de Varsovia por el Ejército Rojo, el 17 de enero de 1945. En las filas de las tropas polacas enmarcadas entre los soviéticos figura un futuro jefe de Estado, un oficial de veintiún años de nombre Wojciech

Jaruzelski. Un Ejército Rojo que ni siquiera se movió, en espera de que los nazis aplastaran a Varsovia la Rebelde.

Durante decenios, el poder comunista evitó hablar del levantamiento. Luego, en 1975, una antigua resistente, Waclawa Zacharska, acude a ver a Jerzy. Ella es quien revelaba sus fotos durante el levantamiento. Había conservado todos los negativos y ahora se los restituye. A esto le siguieron libros y exposiciones, sobre todo después de la caída del comunismo y de la derrota de Jaruzelski. En Varsovia se erigió una estatua de homenaje al *Maly Powstaniec* (el pequeño partisano), en memoria de todos los niños que combatieron durante el levantamiento de Varsovia. Los 9000 “scouts grises”...

De entre esos scouts, la curada Yola huyó del comunismo. Se instaló en Francia, en donde se casó con un médico y se convirtió en la doctora Yolande Bernard, dedicada a encontrar a todos los heridos que, como ella, recibieron un balazo en la cabeza y lograron sobrevivir. Por su lado, Tadeusz Rajszczak fue honrado junto con su familia, y los nombres de los cuatro figuran en el memorial de Yad Vashem, en Israel. En cuanto a algunos sobrevivientes del gueto, transcribieron de inmediato su terrible experiencia para que no se pierda la memoria de todo aquello. Además, Marek Edelman y Simha Rotem alias Kazik escribieron sus memorias. Convertido en jefe del servicio de cardiología del hospital de Lodz, Edelman fue nombrado caballero de la Orden del Águila Blanca –la más alta distinción polaca– después de haber sido miembro de *Solidarnosc*, el sindicato Solidaridad.

Kazik emigró a Israel. El cineasta Claude Lanzmann lo entrevistó para su filme *Shoah*. Es él, precisamente, quien cierra la película. Ante cámara, se acuerda de cómo era a sus diecinueve años, cuando estaba enamorado de Dvora la Magnífica, y recuerda lo que se dijo a sí mismo aquella noche en que el gueto fue derribado:

–Soy el último judío. Voy a esperar la mañana. Voy a esperar a los alemanes.

ÍNDICE

Introducción

Los adolescentes de la Resistencia: ¿tema tabú? 9

Capítulo 1

Tres trenes y una estela tras el Pirata desconocido..... 15

Capítulo 2

11 de noviembre: la Fronda de los bachilleres 33

Capítulo 3

El pueblo de los niños al paso de la oca..... 53

Capítulo 4

Los justicieros de La Mano Negra..... 75

Capítulo 5

El “ejército de las pequeñas sombras” en la Ciudad Luz 97

Capítulo 6

Los *gavroches* de la bandera roja 117

Capítulo 7

Espías, boy-scouts y benjamines de la Francia Libre..... 139

Capítulo 8

Los principitos de la estrella amarilla 159

Capítulo 9

Las jóvenes amazonas del Komsomol..... 181

Capítulo 10

Los Piratas del Edelweiss, los *swing kids* y La Rosa Blanca 203

Capítulo 11

Los vikingos ocultos del Club Churchill 229

Capítulo 12	
Róza y los rebeldes de Auschwitz	247
Capítulo 13	
El fotógrafo y los “scouts grises” de Varsovia	265
Capítulo 14	
Piccoli partigiani d’Italia e di Corsica	285
Capítulo 15	
Anne Corre, un misterio bretón.....	307
Capítulo 16	
Verano de 1944, en el Batallón de los Niños Perdidos	331
Conclusión	
Guy Moquet y los niños de la libertad.....	359
Fuentes y bibliografía	377